

Los cuerpos inscriptos en la tecnología: desafíos que enfrentan las sociedades en el siglo XXI.

Bodies embedded in Technology: Challenges faced by Societies in the 21st Century.

Lic. María Vertzman¹

Resumen:

Los cuerpos fueron utilizados e interpretados de diversas maneras a lo largo del tiempo, provocando que la relación que mantienen con los sujetos adquiera diversas complejidades históricas. La emergencia de la digitalidad arroja nuevos desafíos a los cuerpos en las sociedades del siglo XXI.

En el actual traslado de la vida humana a los espacios virtuales, las imágenes de los cuerpos adquieren un protagonismo incluso mayor que el de éstos. Ellas cobran relevancia en los medios tecnológicos y, por sobre todo, se convierten en el sitio donde se inscriben los discursos de la época. En este contexto los cuerpos quedan tensionados entre las imágenes, los discursos y la normatividad que aquellos proponen.

Sirviéndose de algunos análisis capitales de las obras de Michel Foucault, Zygmunt Bauman y Byung-Chul Han, este artículo se propone analizar cuál es el estatuto del peculiar lugar que los cuerpos comenzaron a habitar en la actualidad.

Palabras clave: sociedad - tecnología - cuerpos - virtualidad - liquidez.

Abstract:

Bodies have been used and interpreted in diverse ways over time, causing their relationship with individuals to acquire various historical complexities. The emergence of digitality poses new challenges to bodies in 21st-century societies.

In the current transfer of human life to virtual spaces, images of bodies acquire even greater prominence than the bodies themselves. They gain relevance in technological media and, above all, these places become the site where the discourses of the era are inscribed. In this context, bodies are caught between images, discourses, and the normativity they propose.

Drawing on key analyses of the works of Michel Foucault, Zygmunt Bauman, and Byung-Chul Han, this article aims to analyze the status of the peculiar place that bodies have begun to inhabit today.

Key words: Society - Technology - Bodies - Virtuality - Liquidity.

¹ Lic. María Vertzman. Adscripta Docente en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Belgrano. Mail: maria.vertzman@comunidad.ub.edu.ar Egresada de la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Belgrano con una tesina titulada "Placer *inmediato*: implicancias psicosociales de la posmodernidad en la sexualidad". Actualmente se encuentra realizando el posgrado de "Psicoanálisis con práctica clínica en adultos" en la Institución Fernando Ulloa.

Introducción

Los avanzados desarrollos que con el pasar de los años se fueron efectuando en torno a la tecnología y la conectividad desembocaron en una marcada hiperactividad. Ésta se evidencia como un claro signo de la época puesto que un gran volumen de la acción humana fue desterrada al espacio virtual, fenómeno que atraviesa a las sociedades del siglo XXI. A este espacio se lo comprende como el espacio de lo difuso debido a que existe un incesante caudal de información que es disparado a los usuarios, generando la sensación de que todo es posible; es decir, que nada puntual lo es. Se trata del área de lo irrestricto. Frente a una constante exigencia de transparencia y explicitud, se suscita la desesperante incertidumbre que caracteriza la época. Estos rasgos tan diferenciales del período actual se ponen de manifiesto en la relación que las personas mantienen con sus cuerpos.

En la actualidad se puede reconocer como un gran desafío el excesivo uso de la tecnología a partir de sus indudables consecuencias. Este desafío que debería ser compartido para poder ser superado, suele enfrentarse en soledad. Es debido a esta cuestión que la problemática que acarrea este asunto mantiene estricta relación con la disminución del tiempo compartido con los cuerpos de otras personas, situación exacerbada por la pandemia que demostró que para cumplir con las responsabilidades no es necesario abandonar el escritorio. A raíz del debilitamiento de los lazos colectivos resulta muy difícil pensar que la salida individual constituye una solución.

Estos espacios producen subjetividades a través de un discurso de lo instantáneo, de lo efímero, de lo inmediato. Estos imperativos determinan social y culturalmente a los sujetos, definiendo sus condiciones de posibilidad a partir de un sistema en el que todo sucede en el menor tiempo posible y no hay lugar para el arraigo. Dentro de este contexto aparece la pregunta por el cuerpo, por su lugar, su funcionalidad, su valor, sus potencias, sus límites. Los discursos hegemónicos, sostenidos mediante el ejercicio del poder, producen una noción acerca de los cuerpos y, bajo un régimen de vida oscilante como lo es el contemporáneo, éste pierde su materialidad agregándose a la serie de elementos que se moldean para pertenecer a un modelo que fluctúa junto a las modas.

La relevancia de dicha temática resulta de la imposibilidad de construir otras experiencias a los discursos hegemónicos. Asimismo, proponen un ideal al mismo tiempo que se genera la ilusión de poder llegar a él. Se exige una perfección, se compele a alcanzarla y a velocidades que distan de las posibilidades de los cuerpos. Todo eso genera que la sensación circulante sea la de no poder adaptarse a la demanda. La inmersión en un estilo de vida que demanda imposibles, tales como la omnipotencia corporal, se cristaliza en angustia e incertidumbre con respecto al mundo y a uno mismo.

El núcleo de este trabajo reside en la relación que existe entre el intensificado uso de la tecnología y el impacto que ésta mantiene sobre los cuerpos. El objetivo será entonces, tras echar luz sobre una cuestión que afecta a las personas hasta en los aspectos más íntimos de sí, desarrollar los modos en los que el apremio por lo inmediato se materializa en un cuerpo sin valor más allá de lo aparente.

El análisis de la cuestión será efectuado principalmente en función de los aportes de Michel Foucault en "Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber" (1986); también será tomado en consideración su trabajo sobre "El cuerpo utópico"

(2010). Su teoría en relación al poder y la producción de la subjetividad será explicitada en el apartado "Sobre la circulación del poder". En el mismo se desarrollará una reflexión acerca de los modos en los que los discursos circulantes atraviesan la constitución de la subjetividad.

A su vez, para retratar el contexto actual será tomada la caracterización de Zygmunt Bauman sobre la posmodernidad, en su libro titulado "Modernidad líquida" (2000). Este análisis será realizado en el segundo apartado, "La construcción de la subjetividad", en donde confluirá con la aplicación de los conceptos foucaultianos a los siguientes elementos: la fluidez temporal, la ruptura de lo sólido que alguna vez permitió la estabilidad y la certidumbre en los procesos de conocer el mundo circundante.

En un tercer momento, lo elaborado hasta aquí será enriquecido por el análisis que llevó adelante Byung-Chul Han en "La sociedad del cansancio" (2012a), "La sociedad de la transparencia" (2012b) y "La desaparición de los rituales" (2019). Este trabajo se llevará adelante bajo el subtítulo de "El impacto de la tecnología", para pensar su impacto en los cuerpos del siglo XXI.

Finalmente en el cuarto apartado, titulado "La realidad virtual de los cuerpos", serán puestos en común los despliegues analíticos realizados hasta aquí.

En la conclusión se abrirán nuevos interrogantes acerca del lugar de los cuerpos al interior de los nuevos usos de tecnología en las sociedades actuales.

1. Sobre la circulación del poder

El poder se produce en todo momento. Es a partir de la labor realizada por Foucault (1986) que este término adquiere un nuevo significado. Esto se debe a que, para el autor, no hace referencia a un conjunto de instituciones que a partir de la dominación enmascarada con dicho nombre, se adjudica la sujeción de los ciudadanos a un sistema determinado. Sino que se trata más bien de "(...) la multiplicidad de las relaciones de fuerza immanentes y propias del campo en el que se ejercen, y que son constitutivas de su organización (...)" (p. 89). Estas relaciones se encuentran encadenadas, y refiere que las estrategias que las vuelven efectivas son un conjunto de prácticas de la hegemonía que utiliza mecanismos para reafirmarse como tal.

Las instituciones que se reservan para sí la acción poderosa no serían más que las formas terminales de un juego que refuerza y legitima las relaciones de fuerza que se deslizan a través de todo el entramado social. Por lo tanto, puede entenderse que no se trata, en última instancia, de un foco que posee ese poder, sino de un ejercicio en las relaciones que se manifiesta de manera omnipresente.

En todas las relaciones se produce este ejercicio. El carácter de immanencia implica de este mecanismo implica que no se halla en una posición, sino que es una práctica que se produce al interior de todos los intercambios. En este sentido, el autor emprende un giro en la concepción del poder, entendiendo que no es sólo represivo, sino que es mayormente productivo.

La constitución de las subjetividades se da como efecto de las prácticas enunciativas. Como resultado de ellas se establece que el poder produce subjetividades a partir de discursos, discursos que se inscriben en los cuerpos.

En su tratamiento acerca de la historia de la sexualidad realiza una diferenciación entre la *scientia sexualis* y la *ars erotica*. La primera corresponde a un

modelo de saber acerca de la sexualidad occidental. Este modelo se sirve de la gubernamentalización, el cual es un proceso que permite que el poder del estado se infiltre en múltiples aspectos de la vida social, política y económica. Esta práctica social promueve la sujeción de individuos a una norma dictada que reclama para sí una verdad. Este modo de regulación social se esparce a través de un amplio rango de relaciones y estructuras de control en la sociedad. A partir de esto, aparece la *scientia sexualis* como una verdad única sobre el sexo que responde a un enfoque científico y discursivo.

En la otra cara de la moneda se encuentra la *ars erotica*. Foucault (1986) establece que en la misma "(...) la verdad es extraída del placer mismo, tomado como práctica y recogido como experiencia; el placer no es tenido en cuenta en relación con una ley absoluta de lo permitido y lo prohibido ni con un criterio de utilidad" (p. 57), como lo es en el caso visto anteriormente. Adhiere que " (...) primero y ante todo, es tenido en cuenta en relación consigo mismo; debe ser conocido como placer, por lo tanto según su intensidad, su calidad específica, su duración, sus reverberaciones en el cuerpo y el alma" (p. 57).

Este enfoque se corresponde a la idiosincrasia de diversas culturas antiguas y orientales. En estos casos, el conocimiento que se obtiene sobre el placer y la sexualidad es transmitido en términos de experiencia íntima y estética. Como resultado, aparece una valoración del placer y el goce que va más allá de lo inmediato, el conocimiento se adquiere, por lo tanto, en la exploración. Este modelo es inherente a la actitud crítica que se mantiene frente a la gubernamentalización. Se trata de la des sujeción del individuo frente a una política de la verdad en la que se producen pensamientos y conductas hegemónicas.

Estos conceptos se encuentran planteados en torno a la sexualidad. Aún así, resulta pertinente ampliar el campo de aplicación de dichas idealizaciones en relación a lo explicitado anteriormente con respecto al poder. Tanto la *scientia sexualis* como la *ars erotica* fueron esbozadas a partir de los discursos que circulan y circulaban, discursos asociados a una determinada verdad. Estos procedimientos que construían una determinada verdad en torno al sexo son claros ejemplos de la manera en la que este término dista de ser absoluto, no existe una verdad, sino que se produce en las relaciones de fuerza.

Estas relaciones van cambiando a lo largo del tiempo, articulando de manera tal las exigencias de la época, así como las voces que en determinados momentos históricos obtuvieron mayor reconocimiento y relevancia. En torno al sexo, pueden identificarse diferentes etapas que mantuvieron mayor impronta sobre la sexualidad, en estos casos pueden mencionarse instituciones como la medicina y la iglesia.

La sexualidad y la corporalidad constituyen dos esferas que se interrelacionan constantemente. Es debido a esto que las verdades sobre el sexo impactan de manera directa sobre la concepción del cuerpo, ya que es uno de los lugares en los que, como se verá posteriormente, se encuentra presente en todo su espectro. La difusión de una verdad en torno al sexo, sobre todo una elaborada en términos de aquello que es sano e higiénico, construye un cuerpo que debe alojar estas exigencias para poder acceder a esta actividad. En este aspecto, se permite identificar la convergencia entre la sexualidad y un cuerpo que debe adaptarse para poder disfrutar de la misma, ya no en términos de placer y de la propia experiencia, sino sujeto a normas que lo modelan para responder a un determinado régimen.

La extensión del cuerpo y su funcionalidad ha sido objeto de múltiples discursos enunciados a lo largo de la historia. En algunos casos, ha sido de manera directa, en otros, como fue visto, a través de dispositivos que controlaban otros aspectos de la vida humana. Estas prácticas supieron responder a intereses puntuales, de determinadas instituciones u órdenes, mas no fueron impuestas desde la autoridad hacia “abajo”, sino que estos discursos se proliferaron a lo largo de toda la escena social. En cuanto a lo planteado en el presente trabajo, no resulta explícito en igual medida de dónde surgen los intereses en torno a los discursos del cuerpo que circulan, y que se imprimen sobre las concepciones que las personas forjan de sí mismas. Es en este punto que se vuelve identificable la manera en la que el poder actúa, de manera silenciosa trasladándose mediante las palabras.

La producción de una verdad es realizada por medio del discurso. Con respecto a este punto, se vuelve posible identificar que el poder circuló de diversas maneras a lo largo de la historia y del mapa global. A partir de las nociones impartidas por el filósofo francés, se vuelve posible notar las consecuencias que los dispositivos mantienen sobre la subjetividad de las personas. En resumen, se comprende que la construcción de una determinada verdad guarda profunda relación con las prácticas que se sostienen, ya que es a través de ellas que se propaga el conocimiento al que se puede acceder.

2. La construcción de la subjetividad

El advenimiento del sistema de producción capitalista hizo temblar los cimientos más sólidos sobre los que se construyó la sociedad. La posmodernidad fue dada a luz por una modernidad ya obsoleta, cuyas renovaciones dieron pie a un mundo alterno; y por la revolución tecnológica que aceleró el proceso de explotación de lo ya conocido. Desde hace tiempo ya, el capitalismo tomó las riendas de la estructura productiva, y bajo su lógica, se busca maximizar el rendimiento en pos de la acumulación de riquezas.

Bauman va a nombrar este período como Modernidad líquida. En este período identifica que prima la necesidad por lo inmediato, un imperativo de consumo que destruye lo duradero, a partir del cual todo fluye, todo se encuentra en estado líquido (2000). El autor en su obra describe la transición de una modernidad sólida, en la que priman las estructuras y las tradiciones, a una fluida e incierta, impredecible. Esta última se encuentra embanderada con la individualización y el consumismo como sus mayores exponentes. El cambio es abrupto y la transformación no cesa, acarreando la incertidumbre que sienten las personas en esta época. En estas condiciones el culto a la imagen y al “estar en forma” también aparecen como eventos posmodernos, por lo tanto, reina la insatisfacción que sólo parece estar momentáneamente satisfecha por el consumo, ya que son exigencias que no pueden ser acatadas en el tiempo que se lo requiere.

Bauman (2010, p. 31) describió el mecanismo de las fábricas fordistas, “(...) que reproducían las actividades humanas a simples y rutinarios movimientos fuertemente predeterminados que debían seguirse de manera obediente y mecánica, sin intervención de las facultades mentales y manteniendo a raya todo sesgo de espontaneidad e iniciativa individual (...)”. A partir de esta conceptualización, puede identificarse la contracara de este procedimiento, el antiguo sistema artesanal, dotado de técnicas más personales, es un proceso de manufactura más lento pero que hace

de cada producto una pieza única, especial. Este tipo de producción se resalta por requerir de esfuerzo y laborioso trabajo, y sobre todo, del toque humano.

Las consecuencias de este cambio son visibles en la vida social. Los sujetos se constituían del mismo modo que lo hacían los productos. Ahora, es una pasarela de productos idénticos que recorren las estaciones de una línea de fábrica que no tiene freno. Esto resulta en el hecho de que los individuos aparecen como un elemento más en la cadena de elaboración, hay una producción constante basada en la oferta y demanda de las tendencias, gustos y necesidades; que no pueden saciarse.

La subjetividad se forma y transforma en un proceso recíproco con los pares de un grupo. Esta interrelación derivada de dicho proceso, incide en la composición subjetiva, y en la concepción de sí. Se establece que el sujeto se encuentra en un proceso constante de transformación a partir de la interacción con lo que conoce en el medio en el que se encuentra inmerso. A partir de esto, se vuelve posible afirmar que en contacto con la alteridad, ya sea físicamente o a través de los medios digitales, el conocimiento se construye. Ahora bien, ¿qué pasa con el conocimiento que se tiene sobre uno mismo?

En una época tan cambiante como lo es la posmodernidad, atravesada por estructuras que distan de lo sólido y estable, una persona puede sentirse seducida por un determinado estilo, una creencia o gusto particular. Por las cuestiones distinguidas previamente, se vuelve posible comprender que frente al contexto dinámico abundante de liquidez, estos factores no se llegan a forjar como parte identitaria si no se puede profundizar en aquello que suscita atracción. Puesto en otras palabras, la solidez que define a algo como pilar de la personalidad se desvaneció, y resulta un verdadero desafío encontrar con qué elementos uno verdaderamente se asocia. Al mismo tiempo, existe una presión externa por la autodeterminación (Bauman, 2000). Es decir, aparece la necesidad de profundizar una esencia propia bien delimitada, que constantemente se encuentre al día con las tendencias y modas, y que se adapte al estándar de hegemonía cultural.

En un contexto emparentado con el rendimiento las personas se producen respondiendo a la exigencia de ser emprendedoras de sí mismas (Han, 2010). El producto que se tiene para exhibir tiene que diferenciarse del resto al mismo tiempo que no debe realzar la diferencia. Bajo este marco aparece como necesario marcar el producto propio como especial, autodeterminarse como si del *marketing* se tratara.

La necesidad de individualización se relaciona con lo mencionado anteriormente. Existe una presión externa dada por el contexto posmoderno que promueve la búsqueda de la satisfacción propia de manera constante. A partir de esto, los sujetos que buscan la gratificación particular, orientan sus acciones con el objetivo de ser tendencia. Por lo expuesto, en tiempos de consumismo acrecentado, Bauman (2000, p. 90) reconoce que “el producto masivo es el instrumento de la variedad individual. La identidad -‘única’ e ‘individual’- sólo puede tallarse en la sustancia que todo el mundo compra y que solo puede conseguirse comprándola”. No es posible separar el consumismo de uno, esto se debe a que éste es un rasgo característico de la sociedad, y son las características de la misma las que se introyectan y se creen propias a través de los ejercicios de poder.

Las tendencias circulan con gran rapidez. El consumo de éstas es tan fugaz que se agotan en muy poco tiempo, y así, rápidamente, cambian por otras que vienen a ocupar el lugar de la novedad. Cuando la subjetividad depende de las mismas, cuando no se puede escapar el consumo de lo que el algoritmo posiciona frente a la

mirada, aparecen subjetividades inestables (Bauman, 2000, p. 92). Resulta pertinente el análisis de esta cuestión a partir del reconocimiento de que las personas se encuentran en un constante proceso de construcción de aquello que las determina, al mismo tiempo que son arrojadas a un mundo cada vez más atravesado por la tecnología. Es cuestión de desbloquear un celular para comenzar el proceso de consumo, cada pestaña que se abre, cada publicidad, cada publicación. Son todos estos estímulos los que se encuentran diseñados a medida para el usuario, y de allí surge la imposibilidad de discernir entre lo propio y lo ajeno. Las certezas se desvanecen, no existe elemento lo suficientemente sólido como para aferrarse, la corriente termina por arrastrar a los individuos.

La asimilación de estímulos y su interpretación son las claves para la evolución, y resulta ser un problema un contexto en el que no todo se ve con tanta claridad. Los procesos que no son exclusivamente conscientes elaboran constantemente respuestas frente al cambio acelerado, la introducción al mundo *online* es un desafío gigante cuando no se encuentra una referencia a seguir. Las personas son bombardeadas por incentivos que a primera vista, son gratificantes, todo resulta tan inmediato y accesible, que no parecería haber daño posible.

Las consecuencias de este modelo aparecen como un gran desafío en tiempos de semejante incertidumbre. El hecho de sumergirse en un mundo tan errático puede ser contraproducente, ya que no es posible integrar lo que se ve a las piezas previamente adquiridas. En este campo juega un papel sumamente importante el lenguaje, la concepción de nuevos términos que permiten aprehender las nuevas formas de vinculación. Esto se debe a que existe una infinidad de contenido en circulación que busca aportar información, lo cual, por un lado, es beneficioso para comprender nuevos procesos que todavía no se ven instalados en la sociedad; por el otro, contribuye a la creación de nuevas categorías, actividad que en los últimos años creció desmedidamente.

A raíz de lo mencionado, se vuelve ineludible afirmar que el conocimiento que las personas tienen sobre sí mismas es muy inestable debido a la cantidad de estímulos que deben interpretarse sin información previa disponible acerca de cómo hacerlo.

3. El impacto de la tecnología

Es innegable el hecho de que la tecnología se ha convertido en una parte integral de las vidas de los sujetos, un fenómeno que ha ido gestándose a lo largo de los años y del cual resulta imposible escapar. Esta tendencia se ha visto notablemente incrementada por la pandemia, durante la cual el trabajo, la educación y la socialización se trasladaron casi por completo a plataformas digitales. Fue así, que la interacción humana, en su mayoría, ocurrió a través de una pantalla. Este cambio ha propiciado una transformación significativa en la manera en que operan, con lo digital reemplazando progresivamente a lo analógico.

Como fue visto, este modelo trae aparejado como efecto olas de ansiedades y angustias, y el individuo no logra afrontarlas porque no sabe cuál es la fuente del malestar. Han analizado esta situación y concluye que "Víctima y verdugo ya no pueden diferenciarse." (2012a, p. 32). Es en estos términos que se establece que no existe un filtro elaborado para la información que se recibe, se abre paso a una catarata de estímulos que no es fácil de asimilar.

Han a lo largo de sus escritos logra identificar a las sociedades del tiempo actual como exigidas de transparencia, afirma que hay una “omnipresente exigencia de transparencia, que aumenta hasta convertirla en un fetiche y totalizarla” (2012b, p. 11). Las fronteras, los límites resultan eliminados, aparece un exceso de individualismo que busca ser expuesto, que necesita ser desvelado. Todas las personas necesitan ser exhibidas. Es en base a este fenómeno que buscan exponerse siendo la novedad, proveyendo algo nuevo que pueda consumirse, resultando en un “infierno de lo igual” (Han, 2012b, p. 12). El autor en *La desaparición de los rituales*, establece que aquello que se repite, que es duradero, es un índice que denota la presencia de cultura, de cohesión, y que no hay una identidad que permita la transmisión de esa comunidad (Han, 2019).

En este contexto en el que la tecnología trabaja como mediadora, es crucial reconocer y adaptarse a la preeminencia de la misma en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Incluso algo tan antiguo como la sensación de pasar las hojas de un libro resulta ser un movimiento que se está perdiendo, reemplazado por el unificado *swipe*, que puede utilizarse tanto para rechazar una persona que no atrae en una aplicación de citas, como para incorporar conocimientos en la lectura de un documento virtual.

Los medios físicos parecen carecer de valor, ¿sucede lo mismo con las personas? Si todo lo que se conoce se encuentra paulatinamente reemplazado por una aplicación, ¿llegará el día en el que el contacto físico se disuelva en un holograma? Y por sobre todas las cosas, ¿van a terminar las personas por acostumbrarse a ello también?

Uno se puede preguntar qué es aquello que va a hacer saltar la alarma, en qué momento va a contemplarse que el mundo ya no es el mismo. Es así que los robots ya no impresionan al hombre, la yuxtaposición entre lo humano y la tecnología avanza a grandes zancadas. Estos desarrollos hacen altamente probable que ya no sea posible percibirse a uno mismo sin el uso de aparatos tecnológicos que faciliten la vida en solitario, pero, ¿es así en la vida en comunidad?

No se debe perder de vista que el ser humano es por sobre todas las cosas, un ser social. Tecnología mediante, no es igual de eficaz el contacto en comunidad, y es allí en donde se forja la subjetividad.

La autoexplotación de la propia persona, de la libertad, se lleva a cabo naturalmente; resultante de la presión omnipresente para producir, para crear un producto, un objeto, que logre instalarse en este circuito donde, los vínculos y la identidad parecen prescindir de un otro para generarse, lo que parece ser constitutivo de la persona y de la comunidad, es el “ (...) mercado en el que uno se desnuda y se exhibe” (Han, 2019, p. 34).

Desde el momento del nacimiento el ser humano es arrojado a un entorno social y cultural, del cual se aprenden formas para desenvolverse y poder actuar. En el contexto actual, la realidad no es única, sino que existen dos, aquella del mundo real en el cual existen los encuentros físicos con los otros, en los que la comunicación se realiza en persona; y la realidad virtual, que puede mantener o no semejanza con la anterior. El lenguaje aprendido en la primera se aplica a la vida en general, pero en la segunda, se crean nuevos estilos de habla que las personas interiorizan y aplican en la vida.

En la realidad objetiva el lenguaje también se somete a una reestructuración dialéctica. Dentro del constante cambio en el que se vive actualmente, el dinamismo social aporta nuevos conceptos. Miranda Fricker, a partir de su encuentro con las

diversas formas en las que conocen las personas, analiza los distintos tipos de injusticia epistémica, que mantienen aguda relación con el poder social. Esto hace referencia a que existen lagunas en el conocimiento que derivan del hecho de que algunas personas en la sociedad ejercen mayor poder que otras en las redes de filiación, y se considera que esto sostiene un impacto sobre la forma en la que el conocimiento circula en esas redes. La autora utiliza el concepto de injusticia hermenéutica para referirse a la brecha que existe entre los recursos de interpretación colectivos, a partir de los cuales, alguien termina situado en desventaja injusta debido a la comprensión que puede tener sobre sus experiencias sociales (Fricker, 2017).

El conocimiento es situado, parte de la vivencia personal. Kenneth Gergen (1996) argumenta que éste no es objetivo ni universal, el mismo va a depender del contexto tanto social como cultural. Por lo tanto, al encontrarse uno en un entorno en el que no se dispone de las herramientas necesarias para interpretar la realidad, se recae en estos dilemas debido a que las personas se encuentran en desventaja cognitiva. Al navegar por internet sin saberes acerca de cómo funciona, el sujeto está siendo víctima de procesos acelerados de los que no posee las herramientas para decodificar.

Es mucho lo que se debe interiorizar. Parecería ser que hoy en día la comunicación no puede efectuarse si no es mediante el uso de nuevos vocablos que se utilizan para describir la vida digital, y esto sucede porque no es posible vivir sin estos medios comunicacionales. Lo cual resulta en que cada vez se escuchen más conversaciones que tienen como tópico procesos que antes pertenecían a la vida en contacto que ahora se trasladaron a la virtualidad, y como no hay elementos precursores, se están creando a la vez que se experimentan. El esfuerzo mental que requiere crecer y el desarrollo de la propia subjetividad en los años que corren, es un desafío.

La particularidad que tiene el contenido digital, aquello que se publica en internet, está en que cualquiera puede ser creador, y cualquier persona puede acceder al mismo. Cuando el sujeto no es consciente de que esto sucede de este modo, y que se ve ingresado en un sistema productivo, se vuelve muy conflictivo el propio rol.

La existencia digital puede diferir de la que se muestra en el entorno. Las redes sociales y los medios de comunicación tecnológicos brindan la posibilidad de crear nuevas identidades que sólo existen en dicho lugar, que acatan reglas supeditadas a las distintas aplicaciones de uso y que se desenvuelven en un ambiente creado para esta materialidad. En ocasiones, los sujetos se encuentran con figuras cuya existencia se encuentra editada para satisfacer las normas de consumo.

Las redes sociales se volvieron así una extensión del individuo. Aquello que se elige mostrar, y lo que no, otorga un parámetro sobre cómo es una persona. En las fotografías que se publican escapan destellos de subjetividad; en el contenido que se consume, rasgos de gustos y preferencias. En estos tiempos en los que toda la información circula de manera digital, resulta imposible no tener una presencia en estas redes, ya que de cierto modo, impacta en la participación en la vida social. Es por esto, que puede afirmarse que el uso de la tecnología repercute en la formación subjetiva de los sujetos, ya que se crean identidades en pos de satisfacer los estándares impuestos en estos medios cuya aplicación a la vida real resulta altamente complicada.

Al creer que lo que se consume en estos medios es un reflejo de lo real, se cae en un estado de frustración que no permite al sujeto darse cuenta que lo que está viendo no son más que personas como él, que buscan embellecer contenido para aumentar el *engagement* y seguir cultivando seguidores en plataformas que distan de ser auténticas. Al no reconocer lo real en lo que ve, y aquello que fue sometido a un filtro, se crea una percepción distorsionada acerca de lo que verdaderamente ocurre. Lo que termina por acontecer en estas situaciones es que los sujetos, en sus roles de activos constructores de conocimiento, utilizan las representaciones internas que poseen para interpretar y explicar lo que sucede a su alrededor. Por ende, es allí donde recaen en la injusticia al ser afectados por lo que consumen por el simple hecho de no contar con las herramientas necesarias para develar la realidad.

El algoritmo pretende conocer a los sujetos incluso más de lo que se conocen a ellos mismos, y en cierto punto, lo hace, ya que es capaz de prever lo que les va a interesar. Los individuos se encuentran en un bucle en el que se consume hasta el hartazgo lo que se ofrece, se moldea la percepción de la realidad en torno a esto. La información llega, el sujeto es pasivo, es en la actividad que se sale de la línea productiva. Para lograr esto, el sujeto debe ser constructor activo, tiene que poder contemplar aquello que lo rodea, para poder interpretar e internalizarlo.

La creencia de que el navegador web puede resolver todas las dudas que pueden surgirle al individuo desestima la sabiduría humana. Si bien la mayoría de los portales y canales de información a los que se puede acceder son creados por seres humanos, en estas búsquedas individuales se pierde el intercambio verbal. Esto forma parte de la vida en sociedad, conocer al otro y profundizar en sus vivencias, no solamente en la superficialidad de su muro.

Quizás la creencia de que el mundo verdaderamente es otro al sensible, es lo que lleva a las personas a pensar que no hay respuestas más acertadas que las que puede ofrecer *Google*. Es una herramienta útil que sin dudas es beneficiosa para la exploración de lo desconocido, pero como todo instrumento, se debe conocer cómo utilizarlo para no provocar un daño. Estos procesos requieren de acompañamiento, de involucramiento social que pueda regular el consumo y el uso de las redes sociales, que se fomente la actividad de grupos donde prevalezca el encuentro físico con la alteridad. No es una tarea fácil navegar el mundo en un terreno tan movedizo, dentro del contexto actual que representa un reto que no tiene precedentes, se torna fundamental para la formación de las futuras generaciones que no se pierda aquello que instituyó la vida humana en primera instancia, la interacción social.

Es imposible escapar a la cultura. Al encontrarse inmersos en mundos sociales, los individuos se embeben de conocimientos acerca del medio en el que se encuentran; la cultura hace al ser humano, le brinda las herramientas necesarias para su desenvolvimiento. Este es un proceso que se retroalimenta continuamente, ya que nunca se detiene este desdoblamiento. Por esto, a lo largo de la vida el ser humano va ingresando a distintos grupos de pares que van a ir desplegando su mundo interno a la misma vez que van tomando el de sus allegados.

4. La realidad virtual de los cuerpos

Foucault (2010) relata que desde el preciso momento en el que su consciencia toma el control le es imposible escapar de su cuerpo. El propio cuerpo, aquel lugar en el que se inscriben todos los males, lugar que se habita y no se puede abandonar. Es

el lugar al que uno pertenece y que le pertenece a uno. Este espacio siempre está donde está uno, nunca en otra parte, lo cual permite dar a entender al narrar “(...) no puedo desplazarme sin él; no puedo dejarlo allí donde está para irme yo a otra parte” (p. 7).

La utopía no es solamente aquello idílico e inalcanzable. Es también un no lugar. Concebir así al cuerpo como utópico implica poseer un lugar sin lugar, es un lugar fuera de todos los lugares. A partir de la lectura foucaultiana, es posible identificar un primer momento en el que reconoce que su cuerpo es todo lo contrario a una utopía, constituye el antónimo del ideal.

Esta conferencia radiofónica lleva el nombre de “El cuerpo utópico”. En la misma, el autor va a referirse a su propia imagen comentando ver “(...) todas las mañanas, la misma herida; bajo mis ojos se dibuja la inevitable imagen que impone el espejo: cara delgada, hombros arqueados, mirada miope, ausencia de pelo, nada lindo (...)” (p.8). Concebir al cuerpo como una herida implica contemplar el dolor que provoca. Esto se debe a que las heridas molestan, pero al mismo tiempo, requieren de un especial cuidado para poder sanar. El existir como una herida, es presenciarse en el terreno de lo que no cesa de provocar sufrimiento, el cuerpo no deja de advertir que está ahí. Es el lugar al que uno está condenado.

En el avance de su discurso, permite vislumbrar un giro en esta concepción. El lugar del cuerpo es también el origen de todos los lugares utópicos, ya que, se encuentra ligado a todos los lugares posibles. Es el producto de las propias fantasías. Comprendiendo a qué se refiere, cabe aplicar estos desarrollos al tiempo actual, en el que ese no lugar del cuerpo no se corresponde exclusivamente con todo aquello que se puede habitar idílicamente.

El no lugar por excelencia en la actualidad son las redes sociales. En ellas se vuelve posible materializar virtualmente esa herida que condena al dolor de no poder adiestrarse a la norma. El traslado del cuerpo a la esfera digital deshace los límites de lo que carga. En este proceso se produce el desdibujamiento de la propia imagen para satisfacer los estándares de belleza que se dictaminan discursivamente, lo cual conduce a enmascarar el cuerpo, pero ya no para alcanzar esa no territorialidad fantasiosa, sino que se realiza para cumplir con la fantasía ajena. La imagen del cuerpo se deforma para cumplir con la imposición, pero la herida no puede cerrarse borrándose, algo queda en el terreno de lo sensible.

La convergencia entre el uso de internet y la corporalidad trastocada en la virtualidad trae aparejada una serie de efectos en la manera de vincularse con un otro y con uno mismo. El modo en el que las personas se relacionan con y a través de su cuerpo atravesó una serie de cambios, proceso en parte influenciado por la nueva percepción que se tiene del mismo. En este aspecto, cobran relevancia la moda y las intervenciones estéticas, las cuales se volvieron temáticas cotidianas, consecuencias de la representación corporal en los medios de comunicación (Baudrillard, 1978).

El cuerpo no sólo obedece a lo biológico, sino también a una serie de prácticas y discursos que imposibilitan la libertad. Los individuos se encuentran sujetos a normas que se imponen sobre la propia imagen corporal, el poder ejercido en las prácticas enunciativas dictaminan una serie de reglas que nombran a un determinado cuerpo como válido, y esta aceptabilidad se reduce a la superficialidad del mismo, no a su desempeño.

En tiempos en los que las personas son emprendedoras de sí mismas, el cuerpo es el producto que entra por los ojos. Detrás de las modas se esconde una

representación cultural de los cuerpos que son aceptados y aquellos que no, realidad sumamente tortuosa a la que las personas acceden a una temprana edad. Esta experiencia se vuelve universal, desde pequeñas edades aparecen estereotipos que se imponen, a través de telenovelas, películas, artistas, consumos culturales. Es un trabajo que dura toda la vida el de poder aceptarse en contextos así, nunca es suficiente.

Coral Herrera Gómez (2010) reconoce la influencia de las creaciones artísticas en la subjetividad. La autora indica que las artes perpetúan los ideales de amor heteronormativos a través de mitos románticos que, a partir de la temprana exposición que se tiene a ellos, moldean las expectativas que se tienen sobre el género, el deseo y las prácticas afectivas que devienen de éstos. En los medios se presentan modelos estereotipados sobre los distintos géneros, y la narrativa que se aplica, refuerza una visión idealizada que se tiene acerca de las relaciones.

El consumismo invade y son miles los procesos y productos que se buscan implementar haciendo creer que por utilizarlos van a cambiar milagrosamente la situación. Bajo este paradigma, el cuerpo no es valorado por su capacidad y funcionalidad, sino que su reconocimiento pasa por ser visto, de ahí obtiene materialidad. La comercialidad del cuerpo no pasa por la literalidad de la expresión, por su venta, sino por lo publicitario del mismo. Es de este modo que el mercantilismo se introduce en la intimidad del ser, todo se muestra para pertenecer.

En Dysphoria Mundi, Paul Preciado (2022) analiza la estética. El autor comenta que las tecnologías del gobierno imponen una clasificación social de los seres vivos realizada en base a la especie, la raza, el sexo y a la sexualidad. Este régimen de conocimiento se corresponde a una racionalidad post colonial, y ésta desencadena el dominio de algunos cuerpos sobre otros. La estética aparece entonces como una estructura de la percepción que configura la experiencia. Junto a la misma, la tecnología del gobierno mencionada previamente, ejerce la producción de una conciencia que está construida culturalmente, que establece la estética dominante como natural.

El acto de percibir es sumamente complejo, la manera en la que las formas se ofrecen a los sentidos bajo el régimen de la sociedad capitalista hace parecer que es la realidad natural, pero la misma es social. Las normas dictadas sobre la estética dominante produce diferencias entre las personas, jerarquizando ciertas cualidades como mejores o más atractivas, en este aspecto aparece la noción de hegemonía. Absorber contenido de personas hegemónicas da la imagen de que uno puede ser como ellas, por lo tanto, se compra lo que promocionan, no solamente los objetos, sino también los estilos de vida, la estética y la forma de ser. Lo que no se muestra es el detrás, se ven figuras perfectas que construyen su mundo en torno a la creación de su propia empresa. Se vende un ideal imposible de consumir, y como consecuencia, surgen angustias y frustraciones (Han, 2012a).

En vez de comprender el trabajo detrás de esto, las dietas impracticables y los tratamientos estéticos a los que se someten, se busca alcanzar ese estándar, esa magnificencia. Lo mismo aparece en lo promocionado por las grandes marcas, los talles de la ropa comenzaron a ser más pequeños de lo que usualmente eran, se buscaba que esas etiquetas las llevara un tipo particular de persona.

Bauman (2000, p.83) explica que en la sociedad de productores, el estándar que se busca cumplir es el ser saludable, mientras que en la sociedad de consumidores, se busca "estar en forma". Si bien suelen emplearse estos términos

como sinónimos, el autor reconoce que no lo son, que es un error considerarlo así ya que, no todos los regímenes que se siguen para estar en forma son buenos para la salud. Así como el estar saludable tampoco se relaciona directamente con la noción del estar en forma en todas las sociedades.

A lo que luego agrega que,

A diferencia del cuidado de la salud, el esfuerzo por estar en forma no tiene un fin natural. Sólo es posible definir una meta parcial, en una determinada etapa del esfuerzo interminable... y la satisfacción producida por cumplir una meta parcial es meramente momentánea. En la búsqueda de estar en forma, que insume toda la vida, no hay tiempo de descansar, y la celebración del éxito parcial es tan sólo un breve recreo antes de que empiece otra etapa de esfuerzo. Todos los que buscan estar en forma solamente saben con certeza que no están suficientemente en forma y que deben seguir esforzándose. Es un estado de perpetuo autoescrutinio, autorreproche y autodesaprobación, y, por lo tanto, de ansiedad constante (Bauman, 2000, p. 84)

Además, todo esto se ve representado en el miedo a envejecer. La vejez en la sociedad contemporánea aparece estigmatizada y se le corresponden denominaciones despectivas. Se valora la juventud, la porción de la sociedad productiva.

La sociedad contemporánea contempla al cuerpo como un bien, por lo tanto, uno elegante y bello puede convertirse en un signo. Cada vez son más los tratamientos estéticos y los procedimientos quirúrgicos que se realizan para no aparentar la edad que se tiene, el cuerpo se pone al frente en la batalla y resulta herido por todos los flancos. Puesto que las apariencias indican rasgos de las personas, sus gustos, su identidad, su edad; en momentos en los que existe un culto a la juventud eterna, de masas abundantes de colágeno, envejecer es sinónimo de fracaso.

Las exigencias culturales conllevan consecuencias. Cumplir con los imperativos que dicta la cultura implica un esfuerzo interminable. Esta necesidad impuesta de producir (se) contribuye al malestar psicológico que manifiestan las personas. En cierto nivel, es posible reconocer que no se puede alcanzar a esos referentes, sin embargo, uno termina por entregarse al sistema. Los límites de los procesos que se llevan a cabo se vuelven difusos, se persigue un resultado que lidera a las personas a someterse a rutinas interminables disfrazadas de autocuidado. En tiempos en los que la realidad se trastoca con la virtualidad, lo que cada vez es más certero, es que cuanto menos contacto exista con la alteridad, mejor se considera el evento.

Los lugares en donde se puede conocer al cuerpo son limitados. Foucault comienza contemplando dos posibilidades: la imagen frente al espejo y los cadáveres. Comenta que son las dos formas en las que uno puede encontrarse frente a la representación de lo que uno es, y encontrarse con que su cuerpo está allí. Sobre el final de su exposición va a ubicar un nuevo lugar fuera de toda utopía, el acto de hacer el amor, es allí donde se adquiere certidumbre, bajo la mirada de otro que recorre el propio cuerpo, bajo su tacto y corporalidad. Tal como el espejo y la muerte, hacer el amor calma la necesidad de la utopía.

Como fue deslizado a lo largo del desarrollo del presente trabajo, la forma de escapar a la incertidumbre que provoca el cambio acelerado, es frente al otro. Es poder entrar en contacto con ese cuerpo que duele, que se hace presente, con la propia carne. Este lugar en el que el cuerpo se hace un lugar, es en conjunto, es compartiendo el padecimiento para que la herida sea cuidada, para devolver el cuerpo al mundo sensible. Para que el cuerpo esté.

La incertidumbre es una de las sensaciones más preponderantes últimamente, dado que la inconsistencia de todo lo que rodea a la persona se ve trastocado en la falta de confianza que se tiene. La inseguridad deriva de la misma, al no haber un camino marcado sobre la manera en la que se debe actuar, o al ser cambiante en demasía, uno no sabe cómo orientar su conducta. Las fuentes sobre los comportamientos a seguir se encuentran en publicaciones de internet, porque ya no hay una tradición que sostenga los rituales (Han, 2019).

Dentro de este contexto, los seres humanos terminan por producirse a sí mismos siguiendo los parámetros que se inculcan a través de la interrelación. Los discursos hegemónicos instalan la norma, y las personas se amoldan a las mismas para poder ser expuestas, dando como resultado, un ejército de iguales; esto confluye en un "(...) colapso del yo que se funde por un sobrecalentamiento que tiene su origen en la sobreabundancia de lo idéntico" (Han, 2012a, p. 19).

La sociedad occidental posmoderna se encuentra sumergida en un ciclo de consumo. Dentro de éste, los cuerpos pasaron a formar parte de la cadena de producción, en la que se ve manifiesto cómo los ideales hegemónicos actúan sobre las percepciones individuales, influyendo en las concepciones que se tiene acerca del mismo.

Es a raíz de lo expresado anteriormente que surge la necesidad de afirmar que los tiempos cambiaron y sus efectos ya son visibles. El esquema interno se reformula cuando se expone a algo existente, esto aparece en la interacción con el entorno, el cual ya no sólo se corresponde con lo físico que rodea al ser, sino que aparece lo digital. Al partir de algo concreto a lo que se puede acceder fácilmente y tiene un gran alcance, los cambios son generalizados.

Los intereses capitalistas se entretajan en la sociedad, alcanzando todos sus ámbitos y provocando la explotación del propio cuerpo. El capitalismo colonizó la totalidad de la vida humana, convirtiendo a la producción y al consumo en los principales valores de la Era Posmoderna. La salida a esta problemática no puede ser individual, si el desafío es compartido, la solución también debe serla.

Conclusión

El principal reto que trae aparejada la época actual se relaciona íntimamente con la incertidumbre. Ésta aparece como producto de las transformaciones aceleradas a las

que las personas se encuentran sometidas. La exacerbada creencia de que la individualidad constituye el máximo valor acaba por desterrar la idea de que en los lazos sociales se encuentra la solución, aunque no sea inmediata ni cabal. Entender que un sufrimiento es compartido permite salirse de la ilusión de un sí mismo que todo lo puede, y así poder buscar una salida colectiva.

En el primer apartado fue posible concluir que la productividad del poder ejerce la sujeción de las personas a un modelo que tiene repercusiones sobre la concepción de la propia corporalidad, así como de las formas en las que se desenvuelven los roles de los sujetos en la vida cotidiana. Es debido a esto que es posible reconocer los modos en los que estas prácticas y los distintos aspectos de la vida se encuentran interrelacionados e inciden en la imagen que se tiene acerca de los cuerpos.

En cuanto a la construcción de la subjetividad, se extrae a modo de conclusión que el creciente caudal de información al que las personas se encuentran expuestas, impacta directamente en el conocimiento que pueden forjar acerca de sí mismas. La velocidad con la que dicha información se transforma y circula dificulta enormemente su tramitación. El cambio acelerado que conlleva la digitalidad aleja a los sujetos de la posibilidad de construir los cimientos sobre los cuales se engendra la identidad. Es sobre estas cuestiones que puede asegurarse el impacto de la tecnología. El tercer apartado señala que la subjetividad se construye en relación con los otros, en espacios compartidos de reconocimiento entre singularidades. A partir de esto, se establece la importancia de los cuerpos en estos encuentros y se enaltece la problemática de que los vínculos sean mediados por los aparatos tecnológicos. El traslado de la vida social a la comunicación *online* no es inocua, sino que mantiene implicancias en la construcción de la identidad.

La complejidad de los asuntos tratados previamente confluye en el cuerpo. En la última sección del trabajo, se acabó por relatar la incidencia de todos estos aspectos en el modo en el que constituyen el peculiar lugar de los cuerpos en la actualidad; o, en mejores términos, su no lugar. El cuerpo, al ser concebido como un recurso más a explotar, pasa a formar parte de todo aquello que se exhibe como una mercancía. En esta necesidad impuesta de exponer todo de sí, los sujetos modifican su apariencia para ser dignos de ser consumidos. Los distintos factores que han sido mencionados influyen de manera determinante en el tratamiento que se realiza sobre el cuerpo.

El poder se ejerce a través de los discursos. Circula a través de éstos impactando sobre el conocimiento que las personas pueden construir. Es una categoría productiva. A partir de determinados intereses se reproducen ciertas prácticas hegemónicas. La subjetividad toma estos modelos para sí, erigiéndose a partir de las prácticas enunciativas. Los cambiantes discursos a lo largo de la historia produjeron, a partir de sus narrativas, distintas definiciones de lo verdadero. En la etapa actual, la tecnología permite la circulación de una infinidad de discursos que reafirman que la verdad es en última instancia, la de cada sujeto personal. Por ende, se cree que la búsqueda al interior de uno sería suficiente para apaciguar la angustia.

Al incurrir en prácticas y espacios que refuerzan esta noción se torna cada vez más sinuoso el camino para repensar el uso de la tecnología en las sociedades contemporáneas. La apertura de espacios de diálogo, que no sean a través del uso deliberado de pantallas, permite la puesta en práctica del contacto con los otros. Quizás el enriquecimiento interno no sea a partir de las respuestas que pueden brindar los distintos navegadores de internet, sino a partir de la exploración corporal de aquello circundante.

Es dentro de este marco que se produce un juego entre el lugar y el no lugar. La posibilidad de navegar infinidades de mundos distintos sin la necesidad de relacionarse con otra persona despliega la fantasía de ser quien no se es en estos espacios. Las personas habitan múltiples redes en las que componen diversas realidades virtuales que confluyen en la suya. La posibilidad de tener un cuerpo sin cuerpo ya no se corresponde a la instancia de la fantasía. La tecnología permite la creación de un cuerpo que no tiene lugar en el mundo sensible permitiendo la idea de que es posible ajustarlo a las exigencias que se suceden de manera constante.

La subjetividad se produce a partir de un discurso que destaca lo instantáneo, lo inmediato y lo efímero; estas categorías son impuestas sobre la propia identidad. No hay lugar para la búsqueda y el análisis cuando se exige acatar todos los cambios derivados de la hiper temporalidad. El entorno facilita el convencimiento de que para pertenecer a la sociedad se debe estar al servicio de su versión hegemónica. Como resultado se atiende a un régimen de reproducción de un mundo en el que lo diferente no tiene lugar. A modo de conclusión aparece como necesario retomar la importancia de la corporalidad y los lazos sociales en la construcción de la subjetividad.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. 1era edición. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. 1era. ed. Barcelona: Kairós.
- Foucault, M. (1986). *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. 13a ed. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2010). *El cuerpo utópico*. 1era. ed. Buenos Aires: Nueva visión.
- Fricke, M. (2017). *Injusticia epistémica. El poder y la ética del conocimiento*. Barcelona: Herder.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. 1era. ed. Barcelona: Paidós.
- Han, B-C. (2012a). *La sociedad del cansancio*. 1era. ed. Barcelona: Herder.
- Han, B-C. (2012b). *La sociedad de la transparencia*. 1era. ed. Barcelona: Herder.
- Han, B-C. (2019). *La desaparición de los rituales*. 1era. ed. Barcelona: Herder.
- Herrera Gómez, C. (2010). *La construcción sociocultural del amor romántico*. 2da. ed. Madrid: Fundamentos.
- Preciado, P. (2022). *Dysphoria mundi*. 1era. ed. Barcelona: Anagrama.
- Seidmann, S. (2015). Identidad personal y subjetividad social: educación y constitución subjetiva. *Cadernos de Pesquisa*, 45 (156). <https://doi.org/10.1590/198053143204>